



**A. G. NOVAK**

# NI RASTRO DE HUMANIDAD

**PH51CK.0f**

**THRILLER  
DISTÓPICO**

**LA VIDA HA DEJADO DE IMPORTAR**

# NI RASTRO DE HUMANIDAD

PH 51 CK 8r

A. G. NOVAK



MANIAC

# NI RASTRO DE HUMANIDAD

PH5.1 CK0-

Primera edición Maniac Ediciones: 2024

© del texto: A. G. Novak 2024

ISNI: 0000 0005 1390 5500

© del diseño y cubierta de esta edición: Maniac Ediciones

[www.maniacediciones.com](http://www.maniacediciones.com)

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-128440-4-7

Depósito legal: DL SG 38-2024

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a [hola@maniacediciones.com](mailto:hola@maniacediciones.com) si quiere reproducir algún fragmento de esta obra.

## Preámbulo

Herrera bajó del coche contrariado. Una llamada del inspector jefe lo había sacado de una barbacoa familiar en su día libre para hacerle ir a ese lugar apestoso plagado de ratas. No respetar los descansos empezaba a convertirse en una mala costumbre.

La carga de trabajo se había multiplicado desde hacía casi un año, parecía que los locos se coordinaban para tocarles las narices al mismo tiempo y no dejarles ni respirar.

Estaba harto.

Vio a su compañero apoyado sobre al capó del coche. Lo esperaba cerca de la zona acordonada con la mirada clavada en el móvil. Por la colección de colillas que había en el suelo, ya debía llevar un buen rato en el lugar de los hechos.

—No sé cómo eres capaz de ver la pantalla entre tanto humo —escupió Herrera.

El otro lo miró sin contestar y levantó una ceja al ver la indumentaria informal, casi deportiva, del recién llegado, que contrastaba con el sobrio traje negro que él solía vestir cuando trabajaba. No se molestó en forzar un saludo amistoso que no le nació, y Herrera anticipó que lo que le esperaba dentro iba a cortarle la digestión de las tiernas costillas a las que tuvo que renunciar a medio comer.

Dos agentes de uniforme se apartaron para dejarles acceder al pequeño edificio abandonado y se guiaron por la luz que se veía en una habitación

del fondo que les permitió distinguir en penumbra las paredes de hormigón salpicadas de humedades y olvido.

Al acercarse, a Herrera le sorprendió ver a dos unidades completas de la científica arremolinadas sobre lo que debía ser la escena del crimen. En cuanto avanzó, comprendió la necesidad de tanta mano experta.

En total había siete víctimas, todos hombres jóvenes. Los cuerpos estaban desnudos y colocados en alguna suerte de escenificación grotesca y teatral.

Quien hubiera hecho eso debió de tomarse su tiempo.

Uno de ellos estaba abierto en canal y las tripas se deslizaban hacia abajo mientras un segundo cadáver, de un chaval de no más de veinte años, estaba ubicado de tal forma que parecía comerse los intestinos de la primera víctima. Otros dos aparecían decapitados, sentados con la espalda apoyada en la pared y las cabezas colocadas sobre sus propias manos.

Herrera percibió el hedor de la sangre coagulada y las evacuaciones involuntarias de las víctimas entrando a raudales por sus fosas nasales. Trató de mantener la pose profesional de más de quince años de experiencia y quiso alienarse ante aquel cuadro macabro.

Fue imposible.

El inspector corrió hacia el exterior y se inclinó para tomar aire mientras le sobrevenían unas fuertes arcadas que, tras un par de acometidas, no fue capaz de frenar.

# PARTE I

## Capítulo 1

Magda Romero llegó a la comisaría del distrito de Tetuán, se identificó y aguardó con paciencia a que alguien la recibiera. Al cabo de un par de minutos apareció el inspector Herrera, encargado del caso.

El joven policía observó a la jefa de grupo de la UDEV con curiosidad. Era una atractiva mujer vestida con tejanos, cazadora de cuero y botas de suela gruesa, una indumentaria que distaba mucho de la imagen de los jefes que tenía en la cabeza.

—¿Inspectora Romero?

—Correcto —dijo Magda alargando la mano para estrechar la de Herrera, que se echó hacia atrás y entrecerró los ojos.

—La verdad es que no sé para qué se ha molestado en venir. No me malinterprete, valoramos la colaboración, pero, en mi humilde opinión, creo que este asunto empieza y acaba en la brutalidad entre bandas que se

volvió extrema por el consumo de drogas de diseño.

—Es muy probable que tenga usted razón.

—Entonces, ¿por qué ha venido por un caso cerrado?

—Hasta que no lo estudie, no podré saber si mi visita sirve de algo.

El inspector se encogió de hombros y echó a andar hacia el interior de la comisaría.

—Como quiera.

Magda se dejó guiar hasta un grupo de mesas cercanas a una ventana. Herrera señaló la carpeta que había encima de una de ellas.

—Ahí tiene el expediente, puede sentarse y leerlo cuanto quiera. El jefe está en una reunión operativa, más tarde podrá hablar con él si lo desea.

Ella lo agradeció con un gesto leve de cabeza. Su amistad con el inspector jefe de la comisaría le había permitido acceder al expediente, aunque entendía que hubiese querido quitarse de en medio en el proceso para no responder preguntas incómodas sobre su intervención. Tomó asiento en la silla con ruedas frente a la mesa y abrió la carpeta que contenía los detalles del caso.

Lo primero con lo que se topó fue el grupo de fotografías del escenario del crimen, instantáneas terribles, de una brutalidad que pocas veces había visto. Sonrió para sus adentros al darse cuenta de que las habían colocado en primer plano a propósito.

Miró de reojo a Herrera, que la observaba desde la otra punta de la sala al lado de un compañero, pero no exteriorizó ninguna reacción.

Pasó de las imágenes al informe preliminar. El autor confeso de aquella atrocidad era un muchacho de tan solo diecisiete años, un chico que nunca se había metido en problemas, que ni siquiera estaba fichado y tenía una beca para la universidad gracias a unas notas excelentes. Pero, de la noche a la mañana, entró a formar parte de una de las bandas latinas de la zona y cometió unos asesinatos que aún conmocionaban a la comunidad.

En un principio, los investigadores pensaron que a la banda se le habían ido de las manos los ritos de iniciación, pero, al identificar a las víctimas, comprendieron que no se trataba de un encargo del grupo al que pertenecía el joven. Cuatro de ellos eran de la pandilla rival que actuaba en la zona de Chamartín, pero los otros cuatro eran de los suyos y, para colmo, entre los asesinados se encontraba su propio hermano.

Cuando el inspector Herrera y su compañero fueron a casa de la víctima para comunicar la noticia de la muerte del chico a la familia, su hermano Mauricio no exteriorizó ninguna reacción de sorpresa o pena ante el hecho de que hubiera sido asesinado. Incluso se mostró aburrido por tener que soportar la pena de su madre. Eso hizo sospechar a los inspectores que, sin demasiado esfuerzo, obtuvieron el permiso de la devastada progenitora para revisar la habitación que ambos compartían. En apenas diez minutos, encontraron bajo la cama ropa ensangrentada dentro de una bolsa. Tras preguntar al chico al respecto, ni siquiera intentó negar que fuera suya.

El resto del expediente relataba los interrogatorios a los que lo habían sometido. Al principio dijo no saber nada de lo ocurrido, pero al poco pareció cansarse de la situación. En un momento dado, según la transcripción literal, preguntó: «¿Si les cuento cómo lo hice me dejarán salir de este cuartucho?».

A partir de ese momento, los inspectores consiguieron no solo una confesión, sino un relato de los crímenes con un detalle casi obsceno ofrecido por el autor sin ninguna emoción o arrepentimiento.

Tal y como dijo, lo único que él quería era jugar al fútbol, sacar buenas notas y asegurarse una beca para ir a la universidad. Pero, ante las dificultades económicas de la familia, agravadas por el ingreso reciente en prisión de su padre, su hermano mayor lo forzó a entrar en la banda de la que formaba parte, en la que querían a un tipo fuerte como él.

La tesitura en la que lo colocó había conseguido irritarle y la ilusión que antes sentía por un futuro prometedor desapareció. Entendió que lo

único que podía hacer era eliminar los obstáculos que le impedían marcharse de aquel apestoso lugar.

Todo el barrio sabía que el líder rival estaba desesperado por ampliar el territorio. Ese tipo conocía de sobra la situación de Mauri «el portero», como solían llamarle, que había logrado mantenerse al margen de la mala vida de su hermano. No le costó demasiado llegar a él a través de uno de sus acólitos, al que conocía de haber compartido clases de catequesis en la parroquia cuando ambos eran solo unos críos. Le dio a entender que estaba harto de permanecer a las órdenes de su hermano y le convenció de que le daría la información que deseara si después le permitía seguir otro camino.

La idea era enfrentar a ambas bandas para que el líder rival, mucho más duro y cada vez más poderoso, lo quitara de en medio y así lo dejara a él en paz. Pero, mientras perfeccionaba el plan en la cabeza, se percató de que aquel tipo y su banda también suponían un problema. Mauri había crecido en un barrio conflictivo y sabía que esa gente funciona siempre igual: una vez te cruzas en su camino, es imposible despegarlos de tu sombra.

La reflexión lo animó a alterar los planes y optar por una estrategia que, confesó, lo atrajo incluso más que la inicial.

Se reunió con cuatro de ellos por la noche en un antiguo restaurante abandonado de la zona de casas bajas que había visto épocas mejores. Se arriesgó mucho y estuvo a punto de recibir una paliza, no en vano era el hermano de uno de los cabecillas de sus mortales enemigos, pero después de contar detalles que podrían beneficiarles, bajaron la guardia. La perspectiva de tener un topo en la principal banda rival les hizo venirse arriba y, para sellar la unión, bebieron de varias botellas de alcohol que Mauri había intoxicado con un sedante.

Al comprobar que la droga comenzaba a hacer efecto, llamó a su hermano y se jactó de haber engañado a los rivales que retenía cautivos. Él no tardó en presentarse con tres de sus compañeros. Tras verificar que no

mentía, lo felicitaron por su valentía y, para celebrarlo, les ofreció unas rayas de coca que decía haber robado a los que yacían inconscientes. Todos aceptaron sin saber que el polvo blanco estaba adulterado con *Ivory Wave*, la llamada «droga caníbal», un cóctel psicoactivo de potentes efectos alucinógenos y estimulantes, con pseudo anfetaminas y lidocaína, un anestésico local.

Antes de que la sustancia comenzara a hacer efecto en el organismo de sus compañeros, se excusó diciendo que tenía que orinar. Salió y los encerró dentro del almacén, al que solo se accedía a través de una puerta con un pequeño ojo de buey, abertura por la que observó todo el espectáculo.

La paranoia no tardó en hacer efecto. Después de quitarse la ropa por el intenso calor que experimentaban, centraron la ira en los rivales que permanecían adormilados por el efecto del sedante mezclado con el alcohol. Unos utilizaron armas, pistolas y machetes, otros emplearon los dientes para arrancarles trozos de carne. Al acabar con los oponentes indefensos, tardaron poco en extender la locura y atacarse entre ellos. La carnicería no cesó hasta que todos y cada uno de los presentes cayeron inconscientes sobre charcos de su propia sangre.

Tras comprobar que ninguno suponía un peligro para él, el autor de tan horrible aberración volvió a entrar en la sala y, con uno de los revólveres que estaban repartidos por el suelo, acabó con el sufrimiento de los agonizantes con un disparo en la cabeza.

El resto de la declaración explicaba los detalles de las atrocidades que cometió con los cadáveres de todos ellos: después de rematarlos, con un cuchillo de caza abrió las tripas de uno de los rivales de la banda, luego colocó a un contrario pegado él con la boca abierta, simulando que se comía sus intestinos.

Con el mismo cuchillo decapitó a dos de los cadáveres. Le llevó un buen rato hacerlo, pero le pareció divertido intercambiar las cabezas y dejarlas así en un equilibrio macabro, apoyadas contra el muro más cercano.

En los siguientes escogió partes más blandas, ya estaba cansado. Le cortó los genitales, se los metió en la boca y después los amontonó unos encima de otros.

Dejó a su hermano para el final. Colocó el cuerpo sentado contra otra de las paredes, le sacó los ojos con una cuchara sopera y se los puso en las palmas de las manos, abiertas hacia arriba. No contento con el efecto, tiró de su lengua, la cercenó con el cuchillo y se la situó entre las piernas.

Después de analizar la escena y mover algunas piezas para que el resultado fuese de su agrado, tomó asiento en una silla desvencijada y permaneció allí un par de horas grabándose en la memoria el cuadro dantesco que acababa de formar. Luego se marchó a casa, tomó una ducha y metió la ropa ensangrentada en una bolsa de basura que no tuvo prisa por tirar, la que más tarde encontraría la policía.

La cuidada disposición de los cadáveres indicaba una clara premeditación, pero también ensañamiento, furia irrefrenable y un marcado sadismo.

Aquella declaración tan detallada revolvió las tripas de la inspectora Romero. A pesar de llevar casi quince años como investigadora de homicidios, durante los que había visto de todo, a veces algún caso conseguía trastornarla. Ese hecho no solo no le molestaba, sino que conseguía aliviarla. Se había repetido a sí misma muchas veces que el día que no sintiera repulsión o rabia ante actos semejantes sería el momento de dejarlo.

Buscó en la declaración la motivación del chico para perpetrar aquel horrible acto de crueldad sanguinaria, pero no había ofrecido ningún detalle. Localizó a Herrera, que se encontraba en su mesa concentrado en la pantalla del ordenador, y le preguntó sobre el asunto.

—Bueno —dijo el inspector mientras estiraba los brazos y la espalda—, cuando quisimos saber por qué lo hizo, se limitó a decirnos que no era cosa nuestra.

—¿Y ustedes no insistieron?

—Claro que sí —protestó Herrera con gesto contrariado—, pero dijo que ya nos había dado lo que queríamos y que lo único que deseaba era irse de la sala de detención. Pidió un abogado y detuvimos el interrogatorio en ese punto, teníamos de sobra para encerrarle una buena temporada. Si le digo la verdad, no me apena perder de vista un tema que aún me provoca náuseas.

Romero apretó los dientes. Si había ido hasta allí en su tiempo libre, era solo para conocer la motivación del muchacho de primera mano. Debía hablar con él si quería que la visita resultase provechosa, profundizar en sus pulsiones, conocer qué le había llevado a cometer semejante atrocidad sin el menor escrúpulo. En cuanto lo hiciera, podría acumular más conclusiones y, quizá entonces, el jefe comenzara a tomarla en serio.

Según le informó Herrera, el muchacho se encontraba en el Centro de Ejecución de Medidas Judiciales Teresa de Calcuta, en régimen cerrado, a la espera de juicio. El inspector se ofreció a llamar al centro para concertar una entrevista con el chico en presencia de un abogado. Como era su caso, Magda le ofreció que la acompañara, pero Herrera declinó la oferta, tenía mucho trabajo debido a que las bandas estaban en pie de guerra por lo sucedido. No parecía importarle ya lo que una inspectora de la UDEV quisiera averiguar sobre un desagradable caso cerrado y con sentencia condenatoria previsible.

La cita se fijó para la mañana siguiente. Aunque Magda hubiera preferido irse a trabajar a la Comisaría Central de la Policía Judicial, se obligó a marcharse a casa para aprovechar el resto del día libre.

El problema es que ya hacía mucho que el tiempo fuera del trabajo había dejado de pertenecerle.

En el apartamento funcional no la esperaba nadie. Con la vida que llevaba no mostró sorpresa el día que Gonzalo pidió el divorcio. Le quería y le dolió que se marchase, pero sabía que su natural obsesión por el trabajo impediría que tuviera tiempo para echarle de menos lo suficiente. Los días pasaron y se acostumbró a una soledad que, en realidad, hacía años

que sentía. El molesto murmullo por la ausencia de relaciones normales se convirtió en un ruido de fondo que ya no se molestaba en gestionar.

Salió de la ducha con el ondulado pelo castaño claro envuelto en una toalla, encendió el portátil y se puso el pijama mientras el cacharro obsoleto iniciaba el sistema. De regreso al salón se acomodó en el sofá y miró el fondo de escritorio, sus propios ojos la observaron desde un selfi del último viaje que había compartido con su marido. Al observar la imagen, se percató de que los recuerdos de esa época le parecían en extremo lejanos. En aquellos días aún sonreía sin esforzarse y la ilusión por una vida con él no había sido sustituida por el temor a aquello que acecha desde el rincón más violento de la naturaleza del ser humano. La mujer risueña de la pantalla era ya una sombra, un rostro que mostraba una perpetua decepción por lo que se veía obligada a gestionar cada día, una expresión que la hacía parecer algo mayor que sus cuarenta y cuatro años vividos.

Delante de la foto, que no tenía ganas de eliminar, solo se veía una carpeta con una aséptica «R» por nombre. Dentro de ella, cientos de extractos de prensa, artículos y reseñas de sucesos que había recopilado, además de una copia de los expedientes de los individuos que la condujeron a iniciar su particular cruzada: los hermanos Jimena y Rodrigo Sotomayor.

Adolescentes de familia acomodada, ambos vivían con sus padres en Pozuelo de Alarcón, la localidad con renta per cápita más alta de la Comunidad de Madrid. Buenos estudiantes de colegio privado internacional, rodeados de amigos; ella, base del equipo de baloncesto del colegio; él, voluntario monitor de campamentos estivales... Todo eso desapareció el día que Rodrigo, tras una agradable cena, se presentó en la sala de estar donde su padre veía la televisión y, sin mediar palabra, le atacó con un palo de golf. Le propinó una paliza de tal magnitud que el hombre quedó en coma. Al preguntarle por el motivo, el muchacho dijo que su padre le comunicó que había conseguido que le admitieran en un prestigioso colegio británico para el siguiente curso, algo que a él no le apetecía lo más mínimo. Según las propias palabras del joven, aunque él le dijo que no

quería ir, el padre insistió tanto que consiguió irritarle. Le había amargado la semana y deseaba que dejase el tema de una vez.

Según la abatida madre del adolescente, el chico no recibió provocación alguna. Su marido deseaba que el muchacho fuera a uno de los mejores colegios de Europa antes de ir a la universidad, pero en ningún momento intentó imponerle su parecer. Ella estaba presente cuando el chico atacó a su esposo con un hierro siete, no supo qué hacer aparte de gritar con la esperanza de que parara, pero solo lo hizo cuando el palo se partió. Entonces subió a la habitación y no volvió a bajar hasta que llegó la policía. Lo encontraron delante del ordenador con los auriculares puestos, mirando vídeos en las redes sociales como si nada hubiese sucedido. Lo sacaron de la casa sin obtener resistencia.

La evaluación psicológica del muchacho concluyó que se había tratado de un estado de enajenación transitoria provocado por el elevado estrés al que se veía sometido al ser muy autoexigente con las notas y perspectivas de futuro.

Hasta ahí, nada muy extraño en un mundo donde la violencia sin sentido surge en cada esquina, en la que docenas de muchachos cometen actos inimaginables contra los padres, amigos o compañeros de instituto.

Lo que hizo que la vida de los adolescentes llamara la atención de la inspectora Romero fue lo que ocurrió apenas un mes después.

En un arranque de furia similar, la hermana de Rodrigo, Jimena, asestó a su madre dos puñaladas en el pecho. La mujer no pudo defenderse ni recuperarse de la brutal agresión.

Ante el nuevo suceso, presumieron que los hermanos podían haber desarrollado el «síndrome de negatividad desafiante», un trastorno caracterizado por comportamientos irritables no cooperativos hacia los padres, profesores o cualquier persona que ostente autoridad. Estos chicos muestran una baja tolerancia a la frustración y presentan estallidos violentos si no consiguen lo que desean.

Pero, en los interrogatorios y análisis psicológicos posteriores a las agresiones, ninguno presentó los típicos patrones que caracterizan a los menores que sufren el síndrome. Al igual que su hermano antes que ella, Jimena habló con calma de lo ocurrido como si no le afectase lo más mínimo. Expuso los motivos de sus actos de forma automática, solo para que el molesto interrogatorio terminase y la dejaran dormir.

Según el propio relato de la joven, el día de los hechos se encontraba en la cocina hablando con un chico que le gustaba a través de una aplicación de mensajería instantánea del móvil. Su madre la interrumpió para pedirle que la acompañara a rezar a la iglesia y rogar que su padre se recuperara de los golpes que le propinó Rodrigo. Ella se negó y su progenitora la increpó por la falta de sensibilidad, lo que la distrajo de la conversación que mantenía con el joven. Sin pensarlo, cogió un cuchillo y se lo clavó a su madre en el pecho, rabiosa por que hubiese puesto en riesgo la oportunidad de quedar con él.

Dada la extraña actitud de la joven, que mostraba una total despreocupación por lo que había hecho y se negaba a hablar incluso con un abogado, los encargados del caso optaron por la estrategia del hastío. Tras interminables sesiones, la adolescente admitió que no era la primera vez que recurría a la violencia para solucionar un problema. Pero después de esa afirmación, se cerró en banda.

Fue entonces cuando intervino la UDEV, que asignó el caso a Magda Romero y aconsejó la participación de un psicólogo especializado.

En las primeras charlas con el facultativo, la adolescente negó haber dicho lo que la policía afirmaba, pero, tras varias sesiones detectó en ella un halo de inconfundible vanidad. En el fondo, deseaba alardear de sus acciones.

En una de las charlas, el psicólogo se percató de que había mencionado un par de veces el desprecio que le provocaban las «jugadoras de barrio», como ella misma las calificó.

A Magda no le costó averiguar, gracias a la policía local, que existían varias investigaciones abiertas de niñas desaparecidas de Carabanchel, Batán y Campamento, todas ellas pertenecientes a los equipos de baloncesto de equipos rivales al del colegio al que asistía Jimena.

Al enseñarle las fotos de aquellas muchachas, Romero percibió en el rostro de la chica un rictus de satisfacción casi imperceptible. Gracias a la habilidad de los investigadores, la presión a la que la sometieron la condujo al aburrimiento y pudieron sacarle una confesión de lo más sorprendente.

Aprovechando su popularidad, quedó por separado con las capitanas de cinco institutos que conocía por la liga en la que competían. Se ganó su confianza con el pretexto de colaborar en un proyecto de voluntariado entre las escuelas y, una a una, las llevó a un lugar apartado para acabar con sus vidas con una sangrienta y antinatural creatividad. No empleó la misma imaginación en esconder los cadáveres o borrar el rastro, le traía sin cuidado que los encontrasen y, ni por un momento, pensó que fueran a relacionarla con los crímenes. Al llegar la policía a la casa embargada que le sirvió de base de operaciones para sus atrocidades, halló en el interior a todas las desaparecidas en diversos estados de descomposición. Mostraban heridas de una brutalidad asombrosa.

La asesina adolescente ofreció un motivo simple y pueril ante tan espantosos crímenes: quería eliminar la competencia.

La investigación se prolongó durante semanas y, en un nuevo giro, la científica aportó un dato sorprendente: cuatro de los cadáveres presentaban restos de líquido seminal en el interior de los cuerpos o sobre ellos.

Al ser interrogada por este hecho, la joven aclaró que había permitido que Rodrigo jugara con las muertas porque, según dijo: «le gustaban las que se movían poco y se dejaban hacer de todo», un dato que había olvidado mencionar por carecer de importancia.

Los terribles acontecimientos trascendieron pronto a la opinión pú-

blica y muchos psiquiatras quisieron entrevistarse con los muchachos, pero las conclusiones a las que llegaron fueron dispares. Algunos determinaron que eran unos sociópatas de libro, mientras otros consideraban que debía existir un desencadenante que los llevó a alienarse para cometer tan execrables actos de violencia y profanación.

A Magda Romero, el caso de estos muchachos le interesó como ampliación de los estudios personales sobre la capacidad del ser humano de convertirse en el peor de los asesinos aun habiendo crecido en entornos favorables para el desarrollo. Pero cuanto más profundizaba en el pasado y motivaciones de los chicos, menos le cuadraba su actitud.

Sabía de sobra que los psicópatas pueden camuflarse en la sociedad, parecer buenos vecinos, cónyuges y amigos. Muchos de ellos ni siquiera llegan a cometer un crimen sangriento. Conocía varios casos de especialistas financieros que pasaron desapercibidos como tiburones de los negocios, elogiados por su buen ojo para las inversiones, cuando en realidad eran seres carentes de empatía que no dudaron en pasar por encima de quien fuera por conseguir sus objetivos.

La diferencia más notable entre los distintos perfiles psicopáticos es el objeto de satisfacción: los que matan persiguen el deleite que les proporciona acabar con la vida de la víctima, los sádicos disfrutan con el sufrimiento, otros basan la recompensa en la acumulación de activos y dinero... Pero en todos los casos la posición de poder y satisfacción sexual que les proporciona el premio, tras alcanzarlo, es muy similar.

Esos muchachos, sin embargo, no encajaban con ninguna de las patologías conocidas y analizadas. Además, era extraño que dos miembros de una misma familia exhibieran consignas semejantes con sucesos no conectados entre sí a través de ninguna pulsión o fuerte motivación.

Aquel fue el comienzo de la investigación... Y del calvario.

Al buscar casos similares, se encontró con más de los que hubiera deseado. Y, después de varios meses de análisis, pudo llegar a una conclusión

que atormentaba sus días y velaba la mayor parte de sus noches.

No importaban los orígenes o estratos sociales, ni siquiera el género del asesino o los antecedentes familiares. Lo único que quedaba claro es que los casos de matanzas en serie, rituales y múltiples cometidos por personas que no encajaban con ningún perfil catalogado ni condicionado por experiencias traumáticas anteriores había aumentado de forma alarmante.